

Contenido

1. De ejército en ejército
2. **Creo Señor, ayuda mi incredulidad**
3. Esperanza contra esperanza
4. Gloriamos en las tribulaciones
5. En ese me gloriaré
6. Se hizo pobre siendo rico
7. Mirando lo que no se ve

Creo Señor, ayuda mi incredulidad Marcos 9:24

Vamos a leer desde el verso 20 hasta el 27, Marcos capítulo 9:

“Y como vino a los discípulos, vio una grande multitud al derredor de ellos, y los escribas que disputaban con ellos. Y luego toda la multitud, viéndole, se espantó, y corriendo a él, le saludaron. Y preguntó a los escribas: ¿Qué disputáis con ellos? Y respondiendo uno de la multitud, dijo: Maestro, traje mi hijo a ti, que tiene un espíritu mudo. El cual donde quiera que le toma, le despedaza, y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando; y dije a tus discípulos que le echasen fuera, y no pudieron. Y respondiendo él, le dijo: ¡Oh generación infiel! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os tengo de sufrir? Traédmele. Y se le trajeron; y como él le vio, luego el espíritu le comenzó a despedazar; y cayendo en tierra se revolcaba, echando espumarajos. Y preguntó a su padre: ¿Cuánto tiempo ha que le aconteció esto? Y él dijo: Desde niño: Y muchas veces le echa en el fuego, y en aguas, para matarle; mas, si puedes algo, ayúdanos, teniendo misericordia de nosotros. Y Jesús le dijo: Si puedes creer esto, al que cree todo es posible. Y luego el padre del muchacho dijo, **clamando con lágrimas: Creo, Señor: ayuda mi incredulidad.** Y como Jesús vio que la multitud concurría, riñó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. Entonces el espíritu clamando, y despedazándole mucho, salió; y él quedó como muerto, de manera que muchos decían, que era muerto. Mas Jesús tomándole de la mano, le enhestó, y se levantó”.

En otras ocasiones hemos analizado este texto desde el endemoniado y desde la actitud de los discípulos respecto al endemoniado, hoy nos concentraremos en el padre del muchacho.

Pero antes, repasemos un poco esta historia:

El Señor Jesús había tomado a Pedro, Santiago y Juan, y se los había llevado a un monte a orar, allí el Señor fue transfigurado y sus vestidos fueron vueltos resplandecientes, cuál ningún lavador experto los podría purificar (Marco 9:3). Elías y Moisés se le aparecieron y hablaron con él, es decir, fue una manifestación visible del reino de Dios. Por Lucas 9:29-32, sabemos que Pedro, Santiago y Juan no pudieron orar con él

porque se durmieron: **“Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra; y su vestido blanco y resplandeciente. Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías. Que aparecieron en gloria, y hablaban de su salida, la cual había de cumplir en Jerusalén. Y Pedro y los que estaban con él, estaban cargados de sueño; y como despertaron, vieron su gloria, y a los dos varones que estaban con él”**. Nos imaginamos que, si los que subieron a orar con él en el monte se durmieron, los que se quedaron abajo más durmieron todavía.

Cuando el Señor bajó del monte lo que encuentra es un gentío, una multitud, porque un hombre trajo a su hijo que estaba siendo atormentado por un demonio. Este hombre está en medio de todos, pero hay una disputa sobre el asunto del endemoniado. Jesús le pregunta a los escribas *¿Qué disputáis con ellos?* Detengámonos entonces en los diferentes protagonistas de esta historia.

¿Qué vemos en los discípulos?

En los discípulos vemos a unas personas impotentes que no saben qué hacer para expulsar a un demonio. Por Marcos 9:14 sabemos que estaban siendo increpados por la multitud y por los escribas: **“Y como vino a los discípulos, vio una grande multitud al derredor de ellos, y los escribas que disputaban con ellos”**. Mire también Marcos 9:29: **“Y les dijo: Este género de demonios con nada puede salir, sino con oración y ayuno”**. Posiblemente los discípulos pensaban que era muy fácil expulsar un demonio, ellos ya reconocían esa experiencia en el nombre de Jesús (Lucas 10:17, **“Y volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aún los demonios se nos sujetan en tu nombre”**). Pero sanar a este endemoniado no era tan fácil, no era un asunto de invocar un nombre. Ellos pensaron, a lo mejor, que era cosa de invocar el nombre de Jesús como una fórmula mágica y los demonios saldrían volando, pero nada que ver, les faltaba la oración y el ayuno, y si los que estaban en la montaña con Jesús se durmieron, cuánto más lo que se quedaron al pie del monte.

Básicamente, vemos a unos discípulos impotentes, sin saber qué hacer en ese momento, sin tener ninguna respuesta. Y a los escribas

increpándoles, “ustedes no tienen poder”, “ustedes no son verdaderos enviados de Dios”.

¿Qué vemos a Jesús?

Venía de un momento especial, en comunión íntima con su Padre, con Moisés y con Elías, pero encuentra a una multitud discutiendo con sus discípulos. Pregunta: ¿Qué disputáis con ellos? (Marcos 9:16). Y después se muestra enojado, Marcos 9:19: “[...] **¡Oh generación infiel! [...] ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir?**” En Lucas 9:41 se nota más el enojo de nuestro Señor: “**¡Oh generación infiel y perversa! ¿Hasta cuándo tengo que estar con vosotros y aguantarlos!**”. Entonces vemos un Jesús más bien enojado. Eso no es extraño, la Biblia nos recuerda cuando el Señor Jesús sacó a los mercaderes del templo haciendo un látigo de cuerdas, él se regocijaba, pero también se enojaba. Él se enojó cuando sanó al hombre de la mano seca.

¡Mire como pide ver al muchacho!: Marcos 9:19, “Traédmele”; Mateo 17:17, “Traédmele acá”; Lucas 9:41, “Trae tu hijo acá”. Es como si dijera: “Esta gente no saben nada, esta gente no va a poder con esto”, como decimos nosotros hoy en día: “con esta gente no se puede:

Vemos un Jesús molesto, casi podría decir que enojado.

Y luego aparece el padre del muchacho, concentrémonos entonces en el padre del muchacho.

¿Cómo vemos al padre del muchacho?

En un primer momento, podríamos decir que lo vemos angustiado, en Marcos vemos que, ante la pregunta del Señor, no deja que los escribas respondan, él mismo responde, Marcos 9:16-17: “**Y preguntó a los escribas: ¿Qué disputáis con ellos? Y respondiendo uno de la multitud, dijo: Maestro, traje a mi hijo a ti, que tiene un espíritu mudo**”. Diríamos entonces que estaba ansioso. En Mateo 17:14-15 lo vemos llegando de primero, arrodillándose a los pies de Jesús, leamos: “**Y como ellos llegaron a la multitud, vino a él un hombre hincándosele de rodillas. Y diciendo, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece malamente; porque muchas veces cae en**

el fuego, y muchas en el agua". Es un hombre ansioso, que no tiene tiempo de argumentar, que no tiene tiempo de discutir, que lo único que quiere es ver sano a su hijo. Parece que dijera: "lo he llevado allí y allí y nadie ha podido sanarlo, lo traje a tus discípulos y tampoco lo pudieron hacer.

Entonces mis hermanos, imaginemos esto, unos discípulos impotentes, un Jesús enojado y un padre angustiado.

De cualquier forma, Jesús dice, tráiganlo. Cuando ve al endemoniado, lo nota revolcándose y echando espumarajos, Marcos 9:20: **"Y se lo trajeron: y como él le vio, luego el espíritu le comenzó a despedazar; y cayendo en tierra se revolcaba, echando espumarajos"**. Y Jesús lo ve y le dice al padre: "¿Cuánto hace que está así?". Y el padre le dice, "desde niño y el demonio lo lleva al fuego y a las aguas para matarle". Eso quiere decir que a ese padre le había tocado sacar a su hijo de los ríos y sacarlo de los incendios para que no muriera, es un padre totalmente angustiado por la situación de vida, de salud, en la que ve a su hijo. Parece que estuviera haciendo su último esfuerzo para que algo pase, para que las cosas cambien.

Y le dice a Jesús, "Si usted puede hacer algo, se lo agradezco", o como dice literalmente el texto **"si puedes algo, ayúdanos"** (Marcos 9:22). Ahora bien, yo subrayé esto en mi biblia: "Si puede hacer algo", es como si dijera, "bueno, espero que pueda, no estoy muy seguro, pero si puedes".

Así, respecto al progenitor, en primer lugar, vemos a un padre totalmente angustiado, que está haciendo el último intento por sanar a su hijo. Y en segundo lugar, vemos a un padre incrédulo respecto a Cristo, "si puedes hacer algo". Es un hombre que diría más o menos esto: "lo he llevado a varias partes, los escribas no han podido, y lo traje a tus discípulos y tampoco, si usted puede, le ruego que tenga misericordia de mí".

Frente a estas palabras de incredulidad del padre, el versículo 23 parece una reprensión del Señor Jesús a este hombre, **"Y Jesús le dijo; Si puedes creer esto, al que cree todo es posible"**. Parafraseando, es

como si Jesús le dijera: “Bueno, hágalo usted, sino cree que yo puedo hágalo usted, solo necesita creer, al que cree todo le es posible”.

Y aquí es donde cambian las cosas, el hombre le dice: “Sí creo, pero no creo al punto de que mi hijo se sane. Sí creo, pero no creo que yo pueda hacer algo para que se sane. Sí creo, pero no sé por dónde empezar”. Ayúdeme usted Señor.

Entonces el hombre clamó con lágrimas, Marcos 9:24, **“Y luego el padre del muchacho dijo: clamando con lágrimas: Creo Señor: ayuda mi incredulidad”**.

Ese hombre le está diciendo a Jesús, creo muy poquito, quisiera creer más pero no puedo, tengo la esperanza que usted lo va a sanar, por eso madrugué y lo traje.

Quiero entonces pensar que este hombre no está fuerte en la fe, este hombre no está en la fe que mueve montañas, este hombre no está en la fe que hacer temblar a los demás. Su fe es muy pequeña, y reconoce su incredulidad. Cuando están esas dos frases juntas: “Creo, pero soy incrédulo”, es como sumergirse en el tiempo del no saber, es decir, Señor por un lado creo que él se puede sanar, y por otro no sé cómo se puede sanar, por eso se lo traje. Por un lado, pienso que usted lo puede sanar, pero por otro, no sé cómo lo va a hacer.

Mi corazón quiere creer, pero mi cerebro no lo cree.

¿No le ha pasado eso a usted hermano? ¿No le ha pasado eso a usted mi amigo? Uno podría pensar que Dios no va a hacer eso que uno espera, pero el corazón te dice que nadie más lo puede hacer. En ese momento, usted le debe de decir al Señor: “Creo Señor, ayuda incredulidad”.

Cuando llega la angustia al hogar, cuando uno no ve la solución, entonces uno ora al Señor, pero está la duda si eso se podrá resolver. Uno ora por esa nueva situación que le toca afrontar en la vida y uno dice: Señor yo sé que con usted se puede lograr todo, pero soy incrédulo, pienso que las cosas van a salir mal, ayuda mi incredulidad.

Cuando le toca afrontar una dura decisión, cuando piensa que la vida le cambió por completo, usted dice, creo Señor, creo que con usted seguiré bien, y mejorando, pero todavía soy incrédulo, me siento débil, siento que no se puede hacer nada, ayuda mi incredulidad.

Cuando se enfrenta a aquello a lo que nunca se ha enfrentado, cuando no está en su poder el estar bien o el estar mal, cuando se siente sin fuerzas para afrontar ese desafío, usted le dice Creo Señor, pero pienso que se viene esto y no voy a poder, ayude mi incredulidad.

Cuando piensa que nada va a cambiar, que todo va a seguir igual y empeorando, le ora al Señor y le dice, Creo en ti Señor, pero veo que todo va a seguir igual, ayuda mi incredulidad.

¿No se han enfrentado a la incredulidad hermanos? No se han enfrentado a ese momento en que su corazón les dice que creen que siguen teniendo un Dios grande, pero su cerebro les dice nada va a cambiar. Entonces tenemos que decir: Creo Señor, ayuda mi incredulidad.

Este trabajo no va para ningún lado, esta familia no va para ningún lado, mi vida no va para ningún lado, no voy a poder soportar, entonces dígame: Creo en ti Señor, pero ayuda mi incredulidad.

Uno puede pensar como este padre, nadie ha podido ayudarme, los discípulos ni saben qué hacer, el Señor está enojado, mejor no insisto. No mi hermano, no se quede ahí, permita que el Espíritu Santo le guíe, lllore ante Dios, clame con lágrimas como este hombre y dígame: “Creo Señor, ayuda mi incredulidad”.

Un autor que leí (R.A. Cole) decía que este es el mejor ejemplo de la justificación, que no hay mejor ejemplo para hablar de la doctrina de la justificación. El Señor hizo el milagro, pero no por la grandeza de la fe de este hombre.

Este hombre no le está diciendo, Señor, aumente mi fe hasta que sea digna de este milagro, mi fe es muy pequeña, hágala más grande, para que cuando usted vea que mi fe es más grande, entonces usted haga el milagro. No, este hombre le está diciendo, haga ese milagro en un

incrédulo, en alguien con muy poca fe, por favor, Señor. Este hombre tiene un profundo sentimiento y pone la bondad del Señor por encima de la fe de él. “Señor, que tu bondad supla lo que le falta a mi fe”.

Mire la última parte de Lucas 9:42: “[...] **mas Jesús riñó al espíritu inmundo y sanó al muchacho, y le volvió a su padre**”. El Señor Jesús le volvió el muchacho a su padre. Yo no sé si el Señor todavía estaba enojado, yo no sé si el Señor estaba molesto, es posible, pero aún así, le ayudó a la incredulidad de este hombre. Le devolvió el muchacho.

Algunos de los que están aquí dirán, “Mejor no hablo con Dios, porque él debe estar enojado conmigo”. No mi amigo, Dios no menosprecia un corazón humilde y humillado ante él.

Usted no necesita tener la fe más grande para creer. Usted debe de creer en que Cristo Jesús perdona todos sus pecados, usted debe creer en que él vino a pagar su deuda, usted debe creer que él lo libró de las tinieblas, usted debe creer que él tiene el control sobre su vida, que todas las cosas obran juntamente para su bien. Crea, aunque sea un poco, pero crea en esto, y llegue al Señor con lágrimas y dígame “creo Señor, pero ayuda mi incredulidad”, sálvame.